

Longhi de Bracaglia, Leopoldo

El origen de la tragedia

Humanidades [La Plata, 1921]

1921, vol. 1, p. 319-324

Cita sugerida:

*Longhi de Bracaglia, L. (1921). El origen de la tragedia. Humanidades [La Plata, 1921], 1, 319-324. En Memoria Académica. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.1438/pr.1438.pdf*

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar> <http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-Compartir igual 2.5

EL ORIGEN DE LA TRAGEDIA

INTRODUCCIÓN

Cuando la Hélade, jardín de todas las primicias en el mundo del arte, llegó a su madurez política, creó la poesía dramática.

Fenómeno único en el campo intelectual, el pueblo griego en cada etapa de su vida social creó y cultivó los géneros literarios más cónsonos a sus evoluciones nacionales. Muchas divisiones se hicieron de su Historia literaria. Bernhardt en "Grundriss der griechischen Litteratur", distingue seis períodos:

1. — El período anterior a Homero, en el cual se elaboran paulatinamente los elementos característicos de la literatura.

2. — El período que desde Homero llega hasta las guerras persianas, en el cual se desarrolla la epopeya, surge la lírica, alcanzando la perfección, y empieza la prosa.

3. — De las guerras persianas hasta Alejandro, edad de la dramática, de la sofística, de la elocuencia, de la historia.

4. — Desde Alejandro hasta Augusto, edad de la erudición histórica y literaria, de las ciencias exactas y experimentales.

5. — De Augusto a Justiniano, edad de la nueva sofística y del ocaso de la filosofía especulativa.

6. — De Justiniano a la toma de Constantinopla (1453), edad de la literatura cristiana bizantina.

A estos períodos nosotros agregaremos otro, constituido por los profesores de griego, que emigrados de su país, pasaron a Florencia, la ciudad que mereció el título de Nueva Atenas. Sus obras fueron en la mayoría de carácter didáctico: de las mismas nos ocuparemos más adelante.

El mismo Boccaccio y aquel “dulce labio de Caliope”, se dedicaron al estudio del idioma helénico y de su literatura. Leoncio, Grisolará y sus alumnos propagaron la cultura de la tierra de Homero por todas las cortes de la Italia que de Comunal iba evolucionando hacia el régimen de las “Signorie”. En su triste ocaso (triste es siempre el ocaso, pero más triste el de los grandes pueblos, y tristísimo el del pueblo más genial del universo), la Hélade parece refugiarse en la tierra de Ausonia, el país de su propia estirpe y en parte también de su idioma, prolongación del tronco de la “Magna Grecia”, el país del cual saliera para su conquista política el dantesco “Uccel di Dio”. Por segunda vez la cultura helénica vencía, según Horacio, a sus mismos vencedores:

Graecia capta ferum victorem vicít et artes
intulit agresti Latio—

Pero a mi entender, los estudiosos y críticos no han observado suficientemente, lo que constituye el abrumador milagro de toda la literatura helénica, desde la epifanía de la epopeya hasta los últimos reflejos de la especulación filosófica: eso es su analogía con la “métarsis” de la psique humana. El temperamento griego se prolonga al través de la historia política y de la evolución de su patria, en forma análoga a la evolución físico-intelectual del individuo, y asume la fisonomía de toda una existencia superior, la unidad de una vida humana intensa y completa. Ella compendia la infancia de heroicas leyendas, la adolescencia soñadora y lírica, la actividad dramática de la edad madura, la reflexión y opulencia que a ésta siguen en los años provecos.

Para entender en todo su valor el concepto de la dramática, tal como surgió en la Hélade, es necesario no olvidar que el genial pueblo de las Termópilas creó en su infancia al ciego Homero, a sus “aoidói” y “rapsodoí”. Infancia sí, pero fué infancia de soberano genio, la que esparce la semilla de todas las germinaciones futuras, con su pasado entre las brumas del mito, con su tradicional guerra por la raza, que en este caso es la guerra contra la primera civilización asiática, vencida por su hija pródiga de allende el archipiélago. También la triste Hécuba, entre sus copiosas lágrimas, recuerda como el cetro del

mundo, una vez derribada Troya, ha pasado a pertenecer a Europa, y dice:

Abandono al Asia
que sierva es hoy de Europa—
Abandono el subyugado mar del Asia.—

No sólo las naciones, sino también los continentes van progresivamente alternándose en el predominio del mundo.

¿Qué Hada de lejanas tierras vertió cabe la cuna del niño helénico, tanta riqueza de cantares y colores? ¿Cuál fué el Hada misteriosa, depositaria del secreto de Zeus, del fuego de Prometeo, de la lira de Orfeo, de la gloria de los Argonautas, de los vellocinos de oro, de las hazañas de Hércules, de las lágrimas de Hécuba? ¡Oh inaccesibles misterios! ¡oh ciegos Homeros: ciegos y luminosos emisarios del Destino de los hombres! ¡Oh eterna transfusión de ideas y de ideales, del espíritu y de la sangre de los pueblos!

Después de sus enseñanzas religiosas, realizadas a través del mito, con Los Himnos, Tamiris, Eumolpo, Museo, Amfión. y otros, después de colorear su infancia con las épicas narraciones en verso heroico y con las variadas leyendas de los cíclicos; después de respirar las frescas brisas de la obra de Hesiodo, al cual Atio consideró como anterior a Homero, y haber educado su espíritu en los preceptos religiosos, morales y prácticos del sabio y dolorido poeta, el pueblo griego, ya entrado en lozana y floreciente pubertad, libre de la tutela de las atávicas monarquías, sigue su marcha hacia el porvenir, escucha el ardiente latido de su alma joven, canta, sueña: crea la Lírica. ¿Queréis manifestación más evidente de que en este pueblo que resume la esencia de lo que llamamos “genio”, el arte marcha al unísono con la Vida? Eran los tiempos en que el canto de un desvalido e inválido poeta, de Tirteo, el creador de los cantos marciales, de los “Embateria”, considerábase como el mejor tónico de valor en los combates, según bellamente expone Aulo Gelio en sus Noches Aticas, refiriéndose a la música en los campos de batalla. Eran los tiempos de Solón legislador y poeta “nomothétes kai Poietés”; Terpandro de Lesbos hacía oír las primeras melodías del heptacordo, perfeccionando la citarédica, al par que Olimpo, de origen frigio, ennoblecía la aulética. Estos dos géneros musicales se disputarán el triunfo en

las Olímpicas. La lírica armonía retoña en multiplicidad fecunda por todos los ámbitos de la Hélade floreciente. Cada estirpe trae su aporte de nuevos ritmos. Al son de las liras, de la “fórmíngx, de la quélide, la testudo, el bárbyton, entre las sabrosas espumas de generosos Lieos, como otrora Venus de entre espumas marinas, nacía la Estrofa. Junto a la elegía y al dístico de Kalinos, Minnermo y Xenófanes resuena el canto gnómico de Fokylides y de los eptá sofoí. Nace a la luz el Yambo audaz y licencioso con Arquíloco, con Semónides Amergino, y con Hipónax el Coliambo, que será adoptado por el fabulista Esopo. Del divino manantial de encantos de las tres artes hermanas brotan sin fin cantares y armonías que se perpetuarán hasta los más lejanos siglos. Horacio las trasladará al noble idioma del Lacio:

“Princeps Aeolium carmen ad Italos
deduxisse modos...”

Serán las mismas odas, que de la métrica cuantitativa pasando a la silábica, constituirán la base de la poética neolatina hasta el presente. En el mismo verjel, cuántas variedades de flores. Junto al individualismo apasionado e indisciplinado de la Eólica, el coro Dórico con sus estrofas, antistrofas y epodos almaicos, todo orden y simétrica cadencia. ¡Progenie infinita del genio lírico helénico, inenarrable primavera, exuberante juventud de todo un pueblo naturalmente esteta, que no pide “panem et circenses”, sino agones, de todo un pueblo aristopsíquico que crea las fiestas Olímpicas, las Nemeas, las ístmicas, las Leneas y otras y otras, pero todas para rendir homenaje a la cultura y a la belleza! ¡Oh socialismo estético de Grecia! El creó la escultura más tersa y expresiva, y los himnos, los peanas, los iporquemias, y el ditirambo, el epicedio, el escolio, el epinicio e innúmeras odas, a las que están unidos los nombres más bellos de la humana poesía, el de Alceo, el de la pura Safo ardorosa, y Anacreonte, Alcman, Arión, Estesícoro, Simónides, y muchos otros, pasando por alto a Píndaro, aquél de los altísimos vuelos.

Esta es, a breves lampos, la literatura de la infancia heroica y de la edad juvenil, férvida, audaz, exquisita, soberanamente lírica de los Helenos. Pero ha llegado la edad madura, la más fecunda en la acción. En la Hélade coincide con la gesta

más preclara y decisiva de su civilización. En la vida del hombre, como en el devenir de las naciones, siempre suena una hora fatal: la de la absoluta victoria, o de la irreparable derrota. Es la hora del choque entre sus valores o fuerzas, y sus debilidades, más un “quid”, aporte del misterioso destino. Así el disco del Sol matutinal, cuando aparece en el extremo horizonte, por entre la aureola de sus primeros rayos, es rodeado de súbito por caliginosas nieblas. Su claridad se empaña. Se traba el cotidiano duelo entre la luz y las sombras. O el Sol las disipa e iluminará el mundo sereno, o quedará oculto bajo el plúmbeo lienzo de la tormenta.

La Hélade presiente su hora. Se aproximan las naves de Jerjes. La urgencia de una actividad febril cunde en todos los espíritus, sobrepuja a todas las voluntades. En medio de tanto fervor activo, también el arte asume la forma de acción, la forma dramática. Ya no narra, representa los hechos; antes de la guerra, para corroborar aun más que la lírica los ánimos, con los sublimes ejemplos míticos; después de la guerra para regocijo del alma helénica, cuyas glorias atávicas quedarán intactas y afianzadas por la victoria.

Fué entonces que desde la escena del teatro dioníseo resonó por toda la Hélade el grito sublime de Esquilo:

¡Marchad, hijos valientes de la Grecia!
Salvad a vuestros hijos y a la patria,
salvad vuestras esposas y los templos
de los dioses atávicos, las tumbas
de los antepasados. ¡Guerra, guerra!
Esta es la guerra de los Griegos todos (1).

Tal fué el origen psíquico de la tragedia. Más tarde, el escepticismo, propio de las generaciones que heredan bienes de sus predecesores, la vida civil y política que decae de su pristino decoro, la evolución hacia una psicología más personal y mediocre, darán primacía a la comedia. Los sofistas al lado de los Platones, los historiadores, los demagogos al lado de la pura elocuencia de Demóstenes, serán los últimos representantes del espíritu genuino de la Hélade creativa, republicana. El Imperio será opulencia, erudición, senectud. Pero la cultura helénica seguirá propagándose. Eurípides poseía la

(1) Esquilo — Los Persas—.

mejor biblioteca de Atenas, y el poeta Tímon critica a Platón quien pagara por un pequeño libro la suma de tres talentos áticos, equivalentes a setenta y dos mil sestercios.

La investigación del origen histórico y social de la tragedia es cuestión muy compleja, y se relaciona íntimamente con los caracteres fundamentales del alma helénica, sus costumbres, su religión, su mitología. Divina es toda investigación. Sócrates en Platón, aconseja lo siguiente a Glaucón: “Debes aplicar estas cuatro facultades del espíritu, la facultad de pensar, la de razonar, la fe o entusiasmo o amor, y la imaginación. Ponlas al alcance de la verdad, del mismo modo que harías para ponerlas al alcance de la luz”.

El estudio del origen histórico de la tragedia puede dividirse en los siguientes puntos:

1. — Las fuentes Aristotélicas.
2. — El Ditirambo, el numen Dionisios y sus mitos.
3. — Los símbolos del mito en la India, en Etruria, en Roma. Su relación con los mitos totémicos. La metempsícosis en las religiones orientales y las metamorfosis.
4. — Apolo y Dionisios. La teoría de Nietzsche. Reseña bibliográfica. Su examen.
5. — El coro de los Sátiros y la tragedia coral ditirámica
6. — Dionisios, primer personaje de la tragedia griega.
7. — La desaparición del numen trágico.
8. — Las sucesivas evoluciones de las jerarquías de personajes. El protagonista, el deuteragonista, el tritagonista.
10. — Partes de la tragedia. La evolución del Coro.
11. — Los metros de la tragedia ática.

Con estos elementos y al través de esta evolución, la Hélade pudo crear su teatro, el más noble e inspirado del mundo. Lo cual sólo fué posible por el sublime acuerdo estético entre el genio de su pueblo y el de sus autores.

NOTA. — Véase: MÜLLER, BERG, NICOLAI: *Geschichte der gesamten griechischen Literatur*. NIETSCHE FR.: *El origen de la tragedia*. ROMAGNOLI: *Il teatro greco*.

LEOPOLDO LONGHI.